

NATURALIDAD

GENERALIDADES TEATRALES

Los más sabios é ilustres varones en esto de la crítica teatral, anatematizaron siempre la fea costumbre que tienen nuestros comediantes de *soltar*, cara al público, los parlamentos, apartes,

perecedera hay calcetines de á cuatro pesetas el par; ni el *batir el record* de resistencia física, declamando á grito pelado; ni el meterse las manos en los bolsillos del pantalón, haciéndolas avanzar á ratos sin sacarlas de dichos bolsillos; ni es naturalidad tampoco el que una tiple ejecute una cabriola para llamar la atención del público hacia su media calada ó su rechoncha pan-torrilla; toda esta mezcla híbrida de cosas de circo y residuos de teatro menudo, pueden ser, cuando más, familiaridades inadecuadas que consiente la benevolencia del público, pero no naturalidad artística.

Quien dice naturalidad, dice inspiración, porque esta misteriosa influencia es la que agita nuestros nervios y mueve nuestros brazos, dando á la acción del comediante la oportunidad y gracia debidas. Eso no lo produce la escuela, ni la costumbre, ni el estudio, sino la predisposición del individuo artista, que es muy diferente del individuo metido á cómico; el uno acciona mal y el otro siente mucho, pero el que reúne al sen-



chistes, latiguillos, etc., sin variar de posición, como si fuesen penitentes que confesaran con el auditorio ó bufones que buscaran la mirada del amo para congraciarse con él, en vez de adoptar la actitud conveniente, sin preocuparse para nada del *ilustre senado*. Reflejo del mundo han de ser las cosas que en la escena pasan, y por esto no es natural que siendo el espectador un testigo de lo que allí sucede y sabiendo el actor que el público está allí, le vuelva pretenciosamente la espalda, porque esto no es lo que suele suceder en el mundo; tampoco revela naturalidad el que la actriz, por dar envidia con el traje que estrená á las señoras de la sala, se vuelva sin motivo y gire y torne á tontas y á locas; ni que el cómico favorito guíñe picarescamente los ojos á sus amigos de los palcos; ni que el barba dirija *sotto voce* pullas graciosas á sus compañeros para hacerlos reír; ni que la cómica festejada dé la pauta de la risa, subrayando el chiste, con lo cual cree tener talento; ni que el galán ponga la pierna en alto para demostrar que bajo el pantalón de raya im-



tir bien el accionar bien, entra en la jerarquía de genio, y el que es genio lo puede ser en cualquier manifestación de la vida; puede ser pintor, puede

ser poeta, puede ser músico, porque todo esto debe ser el buen comediante.

Además, me atrevería á decir, aunque ello parezca absurdo, que uno de estos cómicos excepcionales con sólo estudiar su papel puede llegar al público sin más ensayos que alguno de conjunto; cuando se trata de personalidades así, la obra son ellos; no son tornavoces del poeta; no son intérpretes, sino seres que nacen de la idea de otro, como Minerva nació de la idea de Júpiter; son guerreros con toda la selvática savia de la época medioeval; monjes que cruzan con místico y sincero recogimiento el claustro de pintados telones; son trovadores que saben apartar con las manos de la fantasía las marañas del telar, para ver el cielo azul esplendoroso y claro que alumbra las horas provenzales en las cortes de amor; son caballeros que en la yerbosa calle, ante el muro del jardín, esperan el fácil discreto ó la segura cuchillada; son los mercaderes ladinos que llevan la cabeza melenuda y el gesto humilde; son los granujas de revuelta pelambre y los pordioseros de irónica mirada y los analfabetos que concentran mucho su atención en la palabra ajena, para deletrear en el gesto y en el sonido todo lo que no pueden traducir en la frase escrita; son los guerreros de la niebla de Wagner, los hidalgos de Tirso, los calaveras á lo Fulliván, los majos pretenciosos de Goya, los lechuguinos de Bretón, los galanes briosos de Calvo, los caballeros de Vico, los señores de Díaz de Mendoza,



los personajes tenebrosos de Borrás y los viejos de Simó Raso. Esa es la naturalidad, la sinceridad y la inspiración.

Novelli, vuelto de espaldas al público, tapando con toda su actitud la puerta del foro, que es por donde ha de penetrar lo que despierta en el alma del personaje el temor ó el odio, es un actor naturalísimo; D. José Valero, bajando del baluar-

te de Tarifa para caer desfallecido en los brazos de su escudero Nuño, siempre frente al público, sin volver ni en un solo momento la espalda al público, era naturalísimo también, como lo era, según dicen, Julián Romea cuando leía *de perfil*,



asombrando al concurso, la carta de la comedia *El testamento*; como lo era Rafael Calvo en aquel pasaje de *El gran galeoto* en que Ernesto describe su desafío sin volver al público la espalda; como lo era Vico en cuanto hacía, y como lo era aquel malogrado Perrín, con el que perdimos al último representante de una hermosa pléyade de artistas.

La naturalidad es un secreto tan profundo como el arte de ganar dinero, que no todos conocen; el actor amanerado, el actor frío, el que reza su papel, el que no da relieve á un personaje cuando gana poco, el que está en la escena como en su casa, nada más que como en su casa, que es precisamente donde todos estamos peor, que depende de las legiones de Talía y haga mutis prudentemente. En las nóminas, cubiertas con sueldos crecidos, hay muchos huecos á falta de buenos actores.

Ya es hora de que el teatro, en pleno período evolutivo, fije sus nuevos derroteros y no se pare en insulseces del género menudo con sus cuplés, de pésimo gusto, que en muchos casos sólo viven para que, ofendiéndolos, llamemos *actores*, como á Garrick y á Talma, á varios señores que no llegan á tanto, y *actrices*, como á Sarah Bernard, á varias señoras que son más bonitas que Sarah Bernard.

LEOPOLDO LOPEZ DE SAA.

DIBUJOS DE SANCHA



TIPLES COMICAS ESPAÑOLAS
LA POPULARISIMA JOAQUINA PINO, DEL TEATRO DE APOLO

ESTRENO DE «LA PRINCESA DE LOS DOLLARES» EN PRICE



Una escena del segundo acto. Sres. González, Povedano (E.), Mesejo y Srtas. Eduarte y Arrieta.

Después del extracto de *La princesa del dollar*, que se puso en escena en el teatro Lírico, se ha estrenado en el de Price una traducción de la obra *in íntegram*. Como si con esto no bastara, vamos á ver muy pronto, en uno de los mejores coliseos madrileños, la opereta auténtica, en su propio idioma y can-

tada por una compañía vienesa, de la que se hacen los mayores elogios.

No podrá quejarse de la popularidad que ha alcanzado en Madrid la competidora de *La viuda alegre*; pero por desdicha para aquella, se ha cumplido una vez el refrán de que la primera es la que vale.



El baile de las cosacas en el segundo acto.

Fots. Alba.



Dúo final de «La princesa de los dólares». Sr. Guillot y Srta. Arrieta.

Fot. Alba.



CUENTOS DEL TEATRO

LA MUERTE DE LA RÍOS

Entre los curiosísimos documentos que un dibujófilo de Burgos legó al morir al Archivo del Teatro, figura una carta del famoso comediante Manuel de Alcázar, dirigida á un compañero de profesión, gran amigo suyo, en la que descubre el misterio que envolvería la trágica muerte de la Ríos, aquella actriz espiritual y hermosísima, doblemente estimada del público de su época por su talento y su belleza.

Este interesantísimo documento viene á destruir la especie de que la Ríos murió víctima de un accidente fatal y demuestra que el suceso que costó la vida á la gran actriz tuvo los caracteres de un crimen.

Sin la existencia de esta carta habría que seguir creyendo, como se creyó entonces, que la inspiración artística puede dar ocasión á sucesos trágicos en escena, cuando el actor no sabe dominar los impulsos que le dicta esa inspiración y cuando, dejándose llevar por ella, pierde la noción de la realidad, obsesionado por la farsa; pero en este caso, por lo menos, puede afirmarse, merced al documento de referencia, que lo que se atribuyó á uno de esos fatales arrebatos de un artista, en el paroxismo de la inspiración, no tenía una causa tan disculpable, sino que fué motivado por un vulgar arranque de celos, esa pasión funesta de que no están libres ni aun aquellos que por costumbre tienen el fingir todas las pasiones.

No transcribiré íntegra la carta de Alcázar á su

amigo, pero si extractaré el contenido de ella, lo que puede servir de prueba irrecusable para demostrar lo que afirmado queda más arriba, puesto que es el autor del escrito el que por remordimientos de conciencia hace la confesión, declarándose responsable único y absoluto del crimen que descubre.

Comienza diciendo el comediante que se encuentra acogido en el Hospital de la Caridad, enfermo de muerte. "Al fin de mi carrera—dice,—viejo y achacoso, he venido á parar á este santo Asilo, donde algún alivio encuentran las dolencias del cuerpo, merced á la solicitud con que me cuidan estas virtuosas madres, pero donde se recrudecen las del alma, en la soledad que evoca los recuerdos, en el silencio y en la quietud en que se manifiestan con una claridad que sólo conocen los que como yo están próximos á morir.

"Por mi mente desfilan, no en tropel ó en vertiginosa carrera, sino lenta y ordenadamente, despacio, como en procesión abigarrada, todos los episodios y lances de mi vida, los grandes triunfos escénicos que alcancé y también las grandes amarguras que sufrí. Pero de entre todos destaca aquel suceso trágico, que marca en mi vida una era de ansiedad y de remordimiento, incomprensibles para el que ve deslizarse su vida tranquilamente. La abigarrada procesión se detiene aquí y yo no puedo sustraerme

á la contemplación del cuadro espantoso, que aun después de continuar el desfile, deja en mi ánimo la impresión de horror, el desaliento que desde aquel punto me ha acompañado toda la vida y que ahora se traduce en un ansia incontrastable de confesión.

"Pero, por si la muerte me sorprendiera sin haber podido confiar mis penas á un sacerdote, porque aún el miedo me hace retrasar el cumplimiento de este deber, quiero descargar mi conciencia en este escrito, que no recibirás hasta después que yo haya entregado mi alma á Dios, cuando ya no puedan los hombres dar otro castigo á mi cuerpo que aventar sus cenizas.

* * *

"No fué la Ríos víctima de un accidente desgraciado como se ha supuesto hasta aquí. No fué, como se dijo entonces, se ha dicho después y se diría siempre, que yo, en uno de esos momentos de extraña locura que suele acometer á los grandes cómicos en la escena, cuando la inspiración les exalta, haciéndoles perder la razón, oprímiese su cuello sin darme cuenta y por virtud fatal de una fuerza inconsciente que me impulsaba á pesar mío, anulando mis facultades, ¡no! Fué que yo la maté, gozándome en ello, con absoluto dominio de mi voluntad; quise matarla y saborear el deleite de su agonía. Me había traicionado y ansiaba vengarme... esta es la verdad.

"No quiero entrar en pormenores, no quiero atormentarme con el recuerdo de los detalles que fueron el prólogo del crimen. Viejo, achacoso, roído por la enfermedad y el remordimiento, aún sentiría la indignación que sentí entonces, la que guió mi voluntad y prestó á mis manos fuerzas increíbles para estrujar su cuello alabastrino de modo tal, que ni



aun después he comprendido cómo tan brevemente, con tan escaso esfuerzo, puede quitarse la vida á un semejante.

"Yo adoraba á la Ríos. Aquella mujer, de belleza deslumbradora, de mágico mirar, me trastornaba. Sentía por ella una de esas pasiones brutales y egoístas que todo, absolutamente todo, lo quieren para sí. Tales eran mis celos que hubiera querido sustraerla á los agasajos del público y llevármela donde nadie la viese, donde sólo yo pudiera gozar de sus encantos, de sus emociones, de las dulzuras de su voz, del mirar de sus ojos.

"Ella no quería; enamorada de su arte más que de mí, cautivábala, brindábanle goces más embriagadores que mi amor, las caricias del público, los triunfos, los aplausos, la gloria.

"Yo sentía celos, celos horribles, pero no sabía de quién, no podía personalizarlos en un rival, porque mi rival era el público. Sin embargo, vivía en constante zozobra, en temor continuo, como el avaro, de cuya mente no puede apartarse la idea de que han de intentar robarle su tesoro. Y esa inquietud, ese instintivo miedo, á la vez que hacía mis horas infelices, me distanciaba del objeto de mis amores.

"Porque á ella érale aborrecible mi actitud de desconfianza, que yo no acertaba á esconder; causábale tedio, repulsión, aquella recelosa actitud que yo descubría á mi pesar. Mostrábase ofendida, como ultrajada, cada vez que un imprudente arranque de aquella obsesión que me dominaba, hacía la ver mis celos, pero de tal modo sucumbía yo á esta pasión odiosa, que, aun comprendiendo que ella me alejaba del objeto de mi cariño, no sabía disimularla.

"Fué un momento terrible aquel en que descubrí mi infortunio y en que tomé venganza de su traición. No podré describir la serie de encontrados impulsos que conmovieron todo mi ser y libraron dentro de mi cruenta batalla. Parecía que mi corazón, anegado en sangre, latía con los espasmos del que se ahoga; que dentro de mi cabeza, el cerebro en combustión iba á explotar... Y todo fué cosa de un momento.

"Estábamos los dos en escena. Representábamos el último acto del *Lcandro*. Recordarás aquella situación dramática en que el protagonista, dudando de la fidelidad de su esposa, quiere arrancarle la confesión de su falta.

"Un momento antes, al llegar á su cuarto para advertirla que debía salir á escena, habíala sorprendido doblando un billete que guardó apresuradamente en su escarcela. Aquello fué la revelación. Hubiera querido arrebatárselo en el momento, pero un instante de duda en mí, dióle tiempo á evitarlo. Salió á las tablas. Yo quedé aguardando con ansiedad febril, pero también llegó mi hora, y un momento después, la situación terrible, en la que, aquella vez, por mi desventura, no necesitaría fingir para expresar con toda la rudeza del realismo la rabia angustiada de los celos. En el preciso instante en que debía exigirle la confesión de su delito y cuando ella, anonadada, debía intentar justificarse, con movimiento rápido, imprevisto, arranqué la escarcela que pendía de su cintura y leí lo que momentos antes había escrito. Mi arranque fué tan brusco, que no pudo impedirlo, y de tan evidente modo se demostraba su traición en aquel billete, que no pude dudar de mi desdicha. Clavé en ella los ojos espantados, y el terror de su semblante dióme la confirmación absoluta.

"El escalofrío que inanimó su cuerpo, helando en sus venas la sangre, dejándola inactiva, debió llegar al público, como llegó sin duda la sensación rabiosa que yo experimentaba. Me arrojé á ella, ahogando con mis dedos crispados un grito angustiados, y oprimí su garganta con el ansia mortal que sentía dentro de mí.

"Cayó pesadamente al separar mis manos de su cuello. Con la vaguedad de una pesadilla la vi desplomarse y quedar inmóvil, y, como entre sueños, también llegó á mis oídos el clamoreo del público, un clamoreo ensordecedor, con el que sin duda se alzaba airado contra mí.

"Y horrorizado, con asombro que no acertaría á explicar nunca, observé que aquel clamoreo se convertía en aplauso estruendoso, delirante, frenético, el que sin duda correspondía á la intensidad trágica de aquella escena."

E. CONTRERAS Y CAMARGO.

MANRIQUE GIL

Este joven actor, compatriota nuestro, que en el Conservatorio de Madrid dejó bien puesta la bandera de su talento, obteniendo el más alto galardón, y que probó sus buenas condiciones para la escena en el Español durante varias temporadas, y en los principales teatros de América, quedóse en la gran Antilla al terminar Díaz de Mendoza y la Guerrero una de sus *tournées* artísticas, de retorno de Méjico; hace tres años.

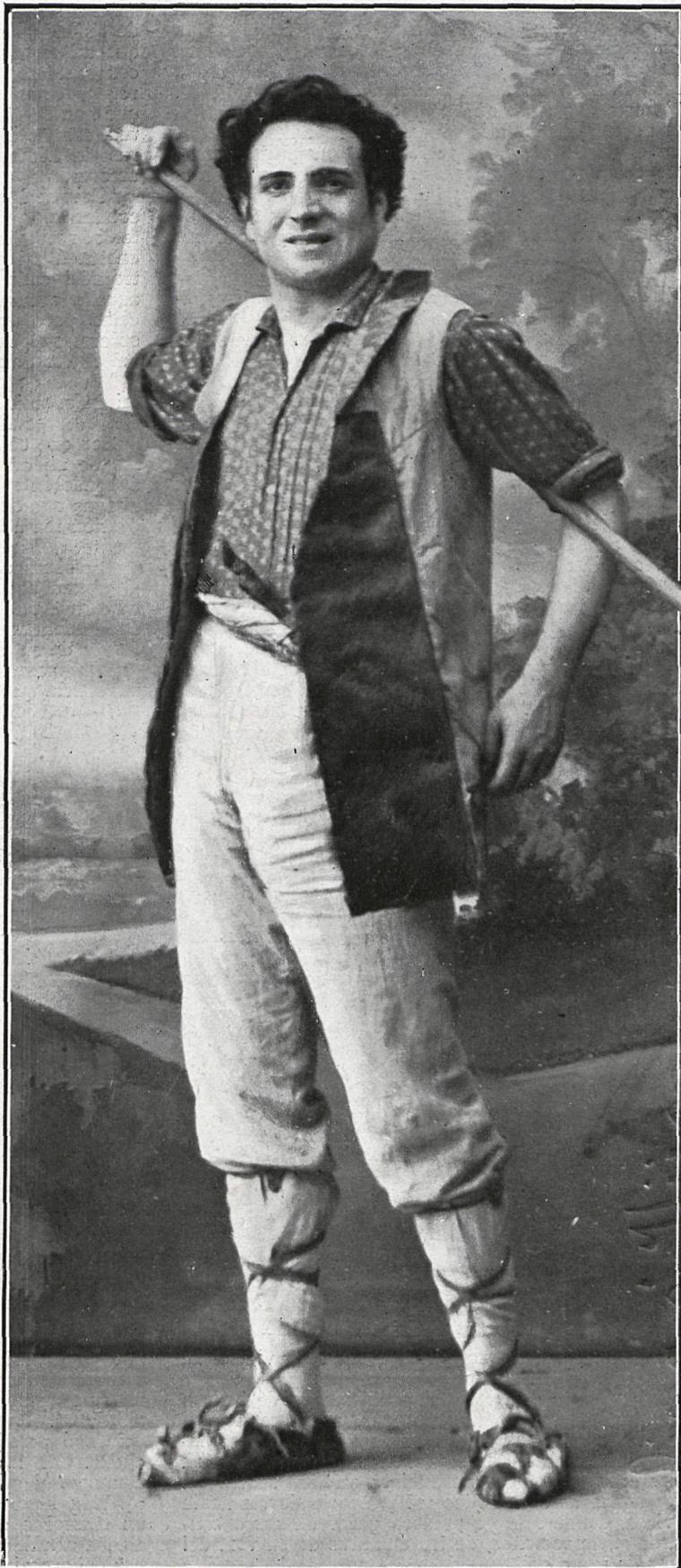
La fiebre de los negocios y la aplicación de sus estudios agronómicos en tierra cubana le retuvieron allí algunos meses, afanado en actividades que le ofrecían horizontes más lucrativos, pero de los cuales parecía divorciado su temperamento romántico de artista y su fervorosa vocación por el teatro.

Pudo ésta más en el ánimo de Manrique Gil, que se resolvió á volver á la escena, obteniendo grandes éxitos en el género cómico-lírico como barítono y dando á conocer en tierras que fueron españolas las mejores obras de los maestros de nuestro género chico.

Desde hace un año, aceptando una ventajosísima contrata y recogiendo elementos dispersos de grandes compañías de la península que en Cuba se habían disuelto, recorrió, al frente de una muy notable en la cual resalta Sofía Romero entre las primeras figuras, los principales teatros de la isla con éxito creciente, y después de hacer una buena *tournee* verdaderamente patriótica por la América Central, desembarcó el pasado Diciembre en Puerto Rico, donde su brillante campaña le asegura la permanencia hasta mediados de año.

En su repertorio selecto ha dado singular relieve á los protagonistas de nuestros más famosos dramaturgos. Ha hecho verdaderas creaciones de Manelic, de *Tierra baja*, y de *Juan José*. La Prensa americana ha proclamado como uno de sus mejores intérpretes á Manrique Gil, que á su excelente labor engarza allá el homenaje de amor á España.

Los aplausos y provechos allá conquistados no han amortiguado su fe y su culto de los grandes ideales en aras de la patria, á la cual ofrenda lo mejor de su juventud y de sus triunfos. Con ellos enlazará, en el ansia de volver al país nativo, los laureles con que aquí consolide pronto su nombre.



Manrique Gil en «Tierra baja», obra en la que está obteniendo grandes éxitos en las Antillas.

Fot. Molina.